

ESTUDIOS

Misión de una Universidad jesuita: retos y líneas de futuro

José J. Romero Rodríguez SJ¹

Palabras clave: *Universidades jesuitas, Compañía de Jesús, Misión*

Key words: *Jesuit University, Society of Jesus, Mission*

Introducción: compartiendo dudas y perplejidades

Quisiera comenzar haciendo un par de afirmaciones previas; la primera, de modestia. Contra lo que pudiera parecer, no me resulta fácil expresar lo que, en

¹ El presente texto constituye una versión adaptada de la ponencia que el autor impartió sobre el mismo tema en las IX Jornadas de "formación para la misión" celebradas en Loyola del 5 al 9 de noviembre 2007. En ellas se reúnen cada año unos 40 profesores de los centros universitarios pertenecientes a la red UNIJES de universidades y centros superiores de la Compañía de Jesús en España. Se mantienen por tanto algunas modulaciones propias de la expresión oral. Por otro lado, la reflexión es de índole general, puesto que en esas mismas Jornadas se trabaja por separado, a partir de sendas ponencias, acerca de la realización concreta de la misión en las actividades de investigación por un lado y de docencia por otro.

² Se han utilizado ampliamente algunas ponencias sobre el mismo tema desarrolladas por otros compañeros en ediciones anteriores de las Jornadas de Loyola. En particular: GABRIEL CODINA (1999), GUILLERMO RODRÍGUEZ-IZQUIERDO (2000), JOSÉ RAMÓN BUSTO (2001), JOSEP MIRALLES (2002), JOSÉ M^o FERNÁNDEZ-MARTOS (2003) y, de nuevo, GUILLERMO RODRÍGUEZ-IZQUIERDO (2004). Los citaremos algunas veces haciendo referencia al apellido, año y página del documento. Estas citas, como es obvio, se refieren a documentos no publicados, por lo que en sentido estricto no son citas bibliográficas. Debemos mucho también a la ponencia de Melecio AGÚNDEZ ("Tesis para enmarcar el encuentro") en las Jornadas UNIJES de septiembre de 2005 en Madrid sobre educación en valores y EEES. Asimismo, hemos utilizado las reflexiones al respecto de JOSÉ M^o MARGENAT (2005), "La Universidad y la misión de la Compañía

el fondo, ha llenado mi vida; como muchos compañeros y colegas, jesuitas y no jesuitas, he dedicado 35 años al trabajo universitario en un centro de la Compañía; curiosamente, hablar de ello provoca en mí un cierto pudor y me conduce a un cierto inevitable ejercicio de “balance”, mezcla de consolaciones y desolaciones, por usar la jerga ignaciana. Pero, al mismo tiempo, “a cierta edad” uno tiene ciertas convicciones a las que es difícil renunciar. Parece que fue Umberto Eco quien lo dijo con una frase lapidaria: “Cuando era joven, dudaba de todo. Ahora ya no estoy tan seguro”. Una de esas convicciones es que mi vocación universitaria parte de una determinada manera de “estar” en el mundo. Siento con fuerza que todo nuestro quehacer universitario no puede prescindir de una cierta mirada sobre el mundo. Verlo, como quería Ignacio, con los ojos de Dios, en su famoso texto de la contemplación de la Encarnación; con sus luces y sus sombras, pero con un sentido claro de globalidad y universalidad, poniendo el acento en la situación concreta y conflictiva de las personas humanas:

*“...Cómo las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres... Composición viendo el lugar: aquí será ver la grande capacidad y redondez del mundo, en la cual están tantas y tan diversas gentes... El primer punto es ver las personas, las unas y las otras; y primero las de la haz de la tierra, en tanta diversidad, así en trajes como en “gestos”, unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos nasciendo y otros muriendo, etcétera. ...Considerar las tres personas divinas cómo en el su solio real o throno de la su divina majestad, cómo miran toda la haz y redondez de la tierra y todas las gentes en tanta ceguera”.*³

En medio de las perplejidades, todos tenemos unas pocas seguridades vitales. Difícilmente lo podría yo expresar mejor que el entrañable obispo Pedro Casaldáliga, con cuyos sentimientos me siento muy identificado:

“...cada vez estoy más confuso y al mismo tiempo más seguro. Sea en materia de economía y política, sea en materia de aculturación y de religión. Estoy más confuso en el sentido

de Jesús”, en DELGADO ÁLVAREZ, MANUEL; LÓPEZ MARTÍN, M^o CARMEN; ROMERO RODRÍGUEZ, JOSÉ J. (Coords.) (2005), *Economía y Territorio. La Comunidad Autónoma Andaluza*. Libro homenaje Adolfo Rodero, Bilbao, Desclee de Brouwer, pp. 43–64. Al final incluye una lista completa de las intervenciones del P. General sobre la materia. Con posterioridad a dicho elenco hay que reseñar la “Lectio inauguralis” en la Universidad Alberto Hurtado de Chile (2 de mayo de 2006) y “Evolución del encuentro entre ciencia y fe. En los cien años del Instituto Químico de Sarrià” (14 de julio de 2006). Todas las intervenciones citadas de Kolvenbach se pueden encontrar en los dos libros que reúnen sus principales escritos: P.–H. KOLVENBACH (1992), *Selección de Escritos del Padre Peter–Hans Kolvenbach (1983–1990)*, Madrid, Provincia de España. P.–H. KOLVENBACH (2007), *Selección de Escritos del Padre Peter–Hans Kolvenbach (1991–2007)*, Madrid, Provincia de España.

³ Ejercicios Espirituales, 102–103, 106.

de que veo más de lo que veía, siento exigencias que no sentía, reconozco errores que antes no percibía... En este sentido estoy más confuso, porque descubro cada día más mundos, más horizontes, más caminos y más contribuciones que desconocía. ...Pero, por otra parte, también me siento cada vez más seguro porque lo fundamental lo veo cada vez más fundamental, y uno de los principios que ahora me orientan más y más me satisfacen es: relativizar lo que es relativo y absolutizar lo que es absoluto... Todo es relativo, excepto Dios y el hambre".⁴

Curiosamente, la aventura misionera de Ignacio empieza de alguna manera en la Universidad, en la Sorbona... Nueve compañeros estudiantes universitarios constituyeron el núcleo inicial del proyecto, todavía imprevisible, de Ignacio. En la actualidad, unos tres mil jesuitas trabajan en casi doscientas instituciones universitarias y de enseñanza superior. Casi desde sus comienzos, la Compañía de Jesús se vio inmersa en la misión universitaria. Ese "casi" tiene su importancia por cuanto las universidades no entraban en los planes iniciales de Ignacio de Loyola y sus primeros compañeros, maestros en Artes por la de París. Les ahorro el interesante recorrido histórico que condujo a Ignacio y a sus primeros compañeros a dar un giro sustancial a su proyecto inicial para acudir a una nueva frontera, esta vez cultural: la frontera del diálogo con los saberes de cada tiempo y de cada lugar.⁵ Parto de este hecho incuestionable, que la Compañía tiene entre sus prioridades el apostolado universitario.

En aras de una mayor agilidad, voy a desarrollar el tema en forma de nueve tesis. No he podido evitar la tentación de acumular citas de autoridad, especialmente del P. Kolvenbach quien se ha expresado clara y reiteradamente sobre este tema y a quien los jesuitas despediremos próximamente como Superior General. He priorizado dos textos sobre la misión de la universidad que son ya para nosotros dos clásicos en la materia⁶. Mi intención es, sencillamente, "dar que pensar"...

⁴ FRANCESC ESCRIBANO (2000), *Descalzo sobre la tierra roja. Vida del obispo Pere Casaldàliga*, Barcelona, Círculo de lectores, p. 112.

⁵ Cfr. MARGENAT (2005), p. 44.

⁶ Aunque el elenco de sus intervenciones es mucho más amplio, elegimos Monte Cucco y Santa Clara. Monte Cucco es una reflexión de conjunto sobre la universidad jesuita y Santa Clara una aplicación específica de la misión fe-justicia. Peter-Hans KOLVENBACH, *La Universidad de la Compañía de Jesús a la luz del Carisma ignaciano*, Reunión Internacional de la Educación Superior de la Compañía de Jesús, Monte Cucco, Roma, (27.05.2001) [*InformaciónSI* n° 86, jul-ago 2001, 128-141]. Peter-Hans KOLVENBACH, "Asamblea de la Enseñanza Superior de la Compañía de Jesús en Estados Unidos", Universidad de Santa Clara, California, (06.10.2000) [*Revista de Fomento Social*, Vol. 55 (2000) 594-614]. Las citaré como Monte Cucco y Santa Clara; el texto de Monte Cucco está numerado; no así el de Santa Clara. Nos referiremos también a algunos otros textos del P. General.

Tesis I.– “Somos lo que soñamos ser” (Donde se pregunta brevemente acerca de la identidad)

“En un mundo en que en unas regiones la secularización y la descristianización ganan cada vez más terreno, mientras en otras el cristianismo es prácticamente irrelevante, el tema de la identidad de nuestras Universidades y de la visibilidad de tal identidad ha saltado a primer plano. Puedo decir que nunca como en estos últimos años las Universidades de la Compañía han mostrado tanta preocupación por profundizar y poner de manifiesto su identidad católica, cristiana, jesuita o ignaciana, según los casos”.⁷

La pregunta acerca de la identidad tiene pleno sentido. Ahora bien, soy un convencido de que *la identidad nos viene dada* por lo que somos, desde luego, pero sobre todo, *por lo que queremos ser*. Nuestra identidad se define más por nuestros proyectos que por nuestras realizaciones, más por nuestros sueños que por nuestra realidad. “Dime lo que quieres ser y te diré quién eres...”. Si no soñamos, estamos muertos.

Es precisamente la misión la que define nuestra identidad; por eso es un elemento tan importante. Todos sabemos que es un término (y sobre todo una realidad) cada vez más utilizado, por ejemplo, en la evaluación institucional y también en la planificación estratégica empresarial.

En el fondo, esta breve tesis es un desafío a preguntarnos sobre lo que somos, y lo que queremos y debemos ser. Nuestra tarea se desarrolla siempre en ese espacio que separa nuestros sueños de nuestra realidad actual, nuestro ideario de nuestras realizaciones. Bien es cierto que no podemos pasarnos la vida preguntándonos acerca de nuestra identidad, en una especie de inmadurez permanente. Eso podría ser patológico. Pero el entorno en el que nos movemos es sumamente cambiante y el cumplimiento de la misión exige discernimiento continuo, capacidad de adaptación y de flexibilidad, para no quedarnos desfasados, para no perder el norte. Conviene de vez en cuando preguntarnos qué tal nos sentimos en nuestra piel, en concreto, cómo nos identificamos en nuestro quehacer universitario en instituciones de la Compañía de Jesús.

Cuando nos referimos a la identidad y a la misión no se trata primariamente de algo que nos sea confiado por la entidad titular, porque es la “dueña” o porque quiera “hacer proselitismo”. Se trata de lo que la sociedad de alguna manera nos exige, tiene derecho a exigirnos. Para hacer “lo mismo que todos” no merece la

⁷ Monte Cucco, n. 14.

pena tener unas instituciones como las nuestras. Eso sería un fraude de identidad. Se nos pide un plus, un "magis", un mejor. En todo caso, ¿podemos permitirnos el lujo de "ser como todos"? Volveremos sobre ello.

Tesis 2.– Realmente la misión de la Compañía hoy es la misma que la de la Iglesia ("Id al mundo entero...") (Donde se llama a las cosas por su nombre)

"La Compañía de Jesús nace por una misión y para ella. La misión no está al final del proyecto grupal de los primeros compañeros, sino en su comienzo. Es su motor. Ella los reúne en grupo de "amigos en el Señor" y les mueve a "vivir y predicar a la apostólica". La formulación más antigua de esa misión es la de ayudar a las ánimas".⁸

"La Iglesia, cuya misión compartimos, no existe para ella misma sino para la humanidad, proclamando el mensaje de Dios y derramando la luz del don interior de su amor. Su fin es la realización del Reino de Dios, en toda la sociedad humana, no sólo como algo para la vida futura, sino también para esta vida".⁹

La Compañía no tiene otra misión que la de la Iglesia. Una misión que reconocemos heredada del propio Jesús de Nazareth: "Id al mundo entero y predicad el evangelio a toda criatura" (Mt 28, 19). Pero, por otro lado, esa misión de la Iglesia no consiste sino en ser la continuadora de la misión de Jesús.

"La misión que hemos sido llamados a compartir es la de la Iglesia misma; revelar a los hombres el amor de Dios Nuestro Padre, amor que se hace promesa de vida eterna. De la mirada con que Dios mira al mundo surge la misión de Jesús, venido par servir y dar su vida en rescate por muchos (Cfr. Mt 20,38). De la misión de Jesús nace a su vez la común misión de los cristianos, miembros de la iglesia enviada a los hombres para revelarles la salvación y para trabajar en el florecimiento de la 'vida en abundancia' (Cfr., Jn 10, 10; Mt 9, 36; 10, 1-42 y Jn 6)".¹⁰

Esta misión de Jesús queda muy programáticamente delineada en el conocido texto evangélico de la sinagoga de Nazareth:

⁸ Ignacio, Fabro, Javier. *Acoger el don. Impulsar la Misión*, Madrid, Compañía de Jesús, 2005, n° 7, p.14.

⁹ Congregación General (en adelante CG) 34 (1995), *Servidores de la misión de Cristo*, n° 3.

¹⁰ CG 32, decreto 4, n. 13.

"El Espíritu del Señor está sobre mí porque él me ha ungió para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor" (Is. 61, 1-2). "Enrolló el volumen, lo devolvió al sacristán y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él empezó a hablarles: Hoy se cumple este pasaje entre vosotros". (Lc 4, 14-21)

Según un popular novelista¹¹, los jesuitas del siglo XVIII nos dedicábamos, entre otras cosas horribles, al tráfico de esmeraldas. ¿Y si tuviera razón?:

"También es semejante el Reino de los Cielos a un mercader que anda buscando perlas finas, y que al encontrar una de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra" (Mt 13, 46).

Ciertamente, tenemos un tesoro y queremos compartirlo. Ese tesoro es Jesucristo, y estamos convencidos de que "lo de Jesús" es bueno para nosotros y bueno para el mundo. Difícilmente lo podría yo expresar mejor que nuestro Karl Rahner:

"...una cosa me ha quedado siempre clara, y me ha mantenido firme: la convicción de que la herencia de fe recibida no puede ser devorada sin más por el vacío de la cotidianidad... La fe que hemos heredado es siempre impugnada e impugnable. Pero yo siempre la experimenté como la respuesta a alguien que me preguntaba: "¿También vosotros queréis marchar?". A esa pregunta siempre se puede responder: "¡A dónde iré, Señor!". en efecto la fe es una cosa buena y fuerte, y yo sólo la habría abandonado si hubiera encontrado otra cosa mejor; no la voy a dejar, al menos, mientras no se me pruebe lo contrario; y hasta la fecha, nadie, ni mi propia experiencia vital, me han convencido de que éste camino no sea el bueno".¹²

Tesis 3.- La espiritualidad ignaciana imprime un sello particular a la misión de la Compañía (Donde se "presume" de un legado valioso y de gran actualidad)

La misión de la Compañía está matizada por la espiritualidad ignaciana, que constituye una oferta de enorme actualidad. Para Ignacio hay algo claro: la centralidad de la "misión". En esta espiritualidad la misión es una clave decisiva de comprensión de ese "estilo". Para los jesuitas es la misión la que ha de inspirar su

¹¹ ARTURO PÉREZ REVERTE (2000), *La carta esférica*, Madrid, Alfaguara.

¹² KARL RAHNER (1964), "Sobre la posibilidad de la fe hoy", en *Escritos de Teología*, Madrid, Taurus, vol. V, p. 13 (la traducción varía ligeramente).

vida espiritual, religiosa y comunitaria. En efecto, la mística ignaciana no es especulativa / contemplativa (su gran representante sería Santo Tomás de Aquino), ni misteriosa / litúrgica (como podría ser, por ejemplo, la espiritualidad benedictina), sino profética, de acción. En efecto, el jesuita está llamado a ser “contemplativo en la acción”.¹³

Por ello, es este concepto de misión el que ofrece el marco de referencia de todos los demás aspectos de su vida: se trataría de “*hacer en la historia las cosas de Dios*”. Tal es precisamente el estilo ignaciano de proclamación del Evangelio. Los Ejercicios Espirituales (EE), ese librito del fundador que es fuente de la espiritualidad de la Compañía, lo expresan, entre otros lugares, en las contemplaciones de la Encarnación y del Reino, muy expresivas del enfoque universal y misionero de Ignacio... De ese enfoque surge la misión que reviste además una característica fundamental: la universalidad. Se trata de “mirar” el mundo con los ojos de Dios y de embarcarse –como la Trinidad– en una dinámica de “bajada”, de encarnación y redención “desde abajo”.

Según la espiritualidad ignaciana,¹⁴ es en ese movimiento de inserción encarnatoria como únicamente se comprende la misión apostólica y evangelizadora. Tampoco se trata de algo especialmente original o exclusivo: en último término ésta es también la tarea de la Iglesia toda:

*“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”.*¹⁵

Por vocación, los jesuitas están llamados a compartir esa misma manera de “ver” la realidad del mundo de hoy al que aman y al que desean entregar lo mejor de sí

¹³ Los rasgos básicos de la espiritualidad jesuita aparecen precisamente resumidos en el documento final de la CG34 titulado “Características de nuestro modo de proceder”. (Decreto 26). Son los ocho siguientes: 1. Profundo amor personal a Jesucristo. 2. Contemplativos en la acción. 3. Un Cuerpo apostólico en la Iglesia. 4. En solidaridad con los más necesitados. 5. Compañerismo con otros. 6. Llamados a un ministerio instruido. 7. Hombres enviados, siempre disponibles para nuevas misiones. 8. Siempre en busca del *magis*.

¹⁴ Cfr. JOSÉ JUAN ROMERO (1995), “Los jesuitas y la justicia: aportaciones de la Congregación General 34”. *Revista de Fomento Social*, vol. 50, n° 199, julio–septiembre, pp. 329–357.

¹⁵ Concilio Vaticano II (1965); Constitución *Gaudium et Spes*, n. 1. Se podrían aportar al respecto otros textos muy expresivos del Concilio.

mismos. Desde la CG32 –como veremos en seguida– esa misión queda expresada en un principio programático: “el servicio de la fe y la promoción de la justicia”.

No hay en esta dinámica ningún olvido de la dimensión trascendente o religiosa: se trata de una misión claramente evangelizadora que, por cierto, constituye también la misión de la propia Iglesia, cuya tarea asumen obviamente los jesuitas; en efecto, la razón de ser de la Iglesia no está en sí misma sino fuera de sí: ella existe para evangelizar, es decir, para hacer presente el mensaje de Dios (la Buena Nueva del Evangelio) en medio del mundo. Anunciar el Evangelio no consiste simplemente en proclamar “verdades” o enunciados teóricos más o menos trascendentes; se trata de procurar en el mundo la vigencia de los mismos valores y forma de vida por los que el propio Jesús vivió y murió. Su fin es la realización del Reino de Dios, en toda la sociedad humana, no sólo como algo para la vida futura, sino también para esta vida. Ciertamente, la realización del Reino de Dios, que afecta también a este mundo, es un horizonte que nunca llegará a ser realidad plena en la historia; la distancia entre el “ya” y el “todavía no” no debe eliminarse, si queremos evitar el caer en ciertos clericalismos de izquierda o en la total desesperanza... Pero esta última afirmación no debe ser interpretada como dando paso a una nueva imposición de la Iglesia sobre el mundo, algo por desgracia tan anhelado en determinados ambientes creyentes (“como la Iglesia es la que sabe, gracias al Evangelio, a dónde debe ir la sociedad, que lo diga y que la sociedad lo acepte sin más”...).

Tesis 4.– Nuestra identidad y misión, en sus términos más universales, se definen por referencia a cuatro conceptos fundamentales: Fe–Justicia–Cultura–Diálogo (Donde se alude a otra auténtica “refundación” de la Compañía)

Según algunos autores, la opción por la educación en la primera Compañía, fue una auténtica “refundación” de la idea originaria de Ignacio. Éste tuvo mucho que ver con ella. Pues bien, quizás no ha habido otra “refundación” tan radical en la historia de la Compañía hasta las Congregaciones Generales 32 a 34 en las que de alguna manera la misión jesuita ha sido reformulada¹⁶. ¿Cómo concebimos la misión, hoy?

“Queremos, por tanto, renovar nuestro compromiso en pro de la promoción de la justicia como parte integrante de nuestra misión... La experiencia nos ha mostrado que la

¹⁶ Cfr. MARGENAT (2005).

promoción de la justicia surge de nuestra fe y la hace más profunda. Por eso, queremos caminar hacia una más plena integración de la promoción de la justicia en nuestra vida de fe, en compañía de los pobres y de tantos otros que viven y trabajan por la venida del Reino de Dios".¹⁷

Más adelante, en la CG 34, la Compañía ha formulado su misión en este mundo contemporáneo como servicio de la fe y promoción de la justicia que necesita del diálogo con todos y de la inserción en las diversas culturas. Después de 1995 un jesuita respondería a la pregunta sobre la misión de la Compañía así: «*el servicio de la fe y la promoción de la justicia en una conexión estrecha con la cultura y con el diálogo interreligioso*». No se puede hacer un servicio de la fe sin promoción de la justicia ni un trabajo de la justicia sin un servicio de la fe. No se puede trabajar en la fe ni en la justicia sin una relación con la cultura y con el diálogo interreligioso.

Guillermo Rodríguez Izquierdo explicaba brevemente la relación que estas cuatro realidades –fe, justicia, diálogo, cultura– tienen entre sí, mediante un esquema –que me permito reproducir– en el que incluía algún ejemplo concreto de relaciones entre esos procesos¹⁸. El esquema F→J quiere decir: «si hay fe, tiene que haber también promoción de la justicia», y lo mismo los demás.

Relaciones fe (F) – justicia (J) – cultura (C) – diálogo interreligioso (D)	
F→J	Una fe en las nubes no es fe. El que ama a Dios, ame también a su hermano.
J→F	El amor viene de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios.
F→C	Fe que no se expresa en cultura no es completa. El evangelio aporta valores a cultura.
C→F	Aun en la increencia, hay valores positivos, semillas de fe. La cultura enseña a la fe.
J→C	Hay injusticias inaceptables para un mundo civilizado. Ser más justo es ser más culto.
C→J	Cultura de la solidaridad. Ser más culto es ser más justo. Descubrir raíces de injusticia.
F→D	Los de otras religiones encuentran en ellas a Dios y nos enseñan a encontrarlo.
D→F	El diálogo interreligioso no es un divertimento intelectual no comprometido.
D→J	Imposible hablar de lo interreligioso sin tratar de las injusticias entre religiones.
J→D	Entre las expectativas y derechos están los que corresponden a otras religiones.
D→C	Conociendo la religión del otro conoceré su cultura; en ella se expresa su religión.
C→D	Lo religioso es culturalmente relevante; define una dimensión cultural honda.

¹⁷ CG 34, Nuestra misión y la justicia, n. 3.

¹⁸ Cfr. RODRÍGUEZ-IZQUIERDO (2000), pp. 1–2.

En las universidades, donde convivimos y trabajamos juntos personas de diferentes tradiciones, creo que todos podemos sentirnos cómodos en estas palabras que formulan bien lo que sentimos los jesuitas y, a la vez, el proyecto compartido con los hombres y mujeres con los que trabajamos:

“En el umbral del tercer milenio, al contemplar la situación en el mundo, con sus luces y sus sombras, descubrimos en mucha gente el profundo deseo de tomar parte en el restablecimiento de nuestro mundo quebrantado. Reconocemos que un gran número de personas, en todo el mundo y de todos los credos, desea participar en la construcción de un mundo nuevo, basado en la justicia, la paz y la igualdad. Los signos de los tiempos nos invitan a trabajar junto con otros en la evangelización integral de todas las culturas y en la liberación de todos los pueblos. Así, en este momento histórico, los jesuitas nos sentimos urgidos a unir nuestras manos y esfuerzos con todos los hombres de buena voluntad para contribuir a la recreación de la familia humana”.¹⁹

Sería largo explicitar el nexo inseparable que liga a la lucha por la justicia al servicio de la fe. Pero si simplemente se ponen juntos la contemplación de un mundo plagado de injusticias de todo tipo y el imperativo mandato evangélico del amor, la reacción del cristiano no puede ser otra que la del buen samaritano del evangelio²⁰: al “ver” caído en el camino a la víctima de un asalto (...los otros realmente ni lo vieron), “se le conmovió el corazón” (es el amor y no un imperativo racional o simplemente ideológico el que le mueve a actuar), y se puso manos a la obra para sacarle eficazmente de aquella situación desesperada.

Eso sí, habría que evitar una interpretación de esta parábola en clave meramente “asistencialista”. La promoción de la justicia hoy no puede limitarse a “curar heridas”, sino que aspira también a crear las condiciones para que éstas no se produzcan. Una visión más moderna de la pobreza y de la exclusión social, ayudada por ejemplo por las herramientas que proporcionan las ciencias sociales, debe ayudar a comprender la parábola en un sentido más amplio. La tarea asistencialista, que sigue siendo necesaria, debe llevar también al compromiso allí donde se toman las decisiones políticas, económicas etc.

El jesuita, como cualquier cristiano, sabe que el día definitivo será juzgado por su actitud con los hambrientos, los sedientos, los desnudos, los prisioneros, los marginados de cualquier tipo; ese juicio será, curiosamente, independiente de una

¹⁹ Cfr. MIRALLES (2002), p. 3. El texto citado recoge el borrador de decreto de la CG34.

²⁰ Lc 10, 25–37.

referencia explícita a la divinidad, a los elementos estrictamente religiosos.²¹

Corolario de las 4 primeras tesis: la Compañía de Jesús no promueve universidades para suplir las carencias del Estado, ni para ofrecer simplemente un servicio de mayor calidad, al menos en España (Donde se defiende que, para eso, no somos ya necesarios).

Tesis 5.– Una universidad de la Compañía es, para empezar, ... una universidad (Donde se reivindica el sustantivo)

Es clásica la distinción de la doble vertiente de toda Universidad Católica, en cuanto *Universidad* y en cuanto *Católica*.

*“Lejos de nosotros pretender convertir la Universidad en un mero instrumento para la evangelización, o peor aún, para el proselitismo. La Universidad tiene sus propias finalidades que no pueden ser subordinadas a otros objetivos. Es preciso respetar la autonomía institucional, la libertad académica, y salvaguardar los derechos de la persona y de la comunidad dentro de las exigencias de la verdad y del bien común. Pero una Universidad de la Compañía persigue otros objetivos, más allá de los objetivos obvios de la misma institución. En una Universidad católica, o de inspiración cristiana, bajo la responsabilidad de la Compañía de Jesús, no existe —no puede existir— incompatibilidad entre las finalidades propias de la Universidad, y la inspiración cristiana e ignaciana que debe caracterizar a toda institución apostólica de la Compañía. Creer lo contrario, o actuar en la práctica como si hubiera que optar entre o ser Universidad o ser de la Compañía, sería caer en un reduccionismo lamentable”.*²²

Cuando nos referimos a una universidad jesuita o ignaciana, tan importante es el adjetivo como el sustantivo. Hay universidades con adjetivo —quizás algunas de las llamadas católicas...— que fallan porque no existen como tales, el sustantivo no responde a la realidad.

La misión de las universidades vinculadas a la Compañía, en este sentido, no es diferente a la misión de cualquier universidad, tal como ha sido formulada, por ejemplo por la *Ex Corde Ecclesiae*, que recoge por cierto la formulación de la Carta Magna de las universidades europeas (Bolonia 19–09–1988):

²¹ Mt 25, 31–46.

²² Monte Cucco, n. 13.

“La Universidad Católica, en cuanto Universidad, es una comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales. Ella goza de aquella autonomía institucional que es necesaria para cumplir sus funciones eficazmente y garantiza a sus miembros la libertad académica, salvaguardando los derechos de la persona y de la comunidad dentro de las exigencias de la verdad y del bien común”.²³

La aportación propia de las universidades a la sociedad actual se realiza por tanto en la enseñanza, la investigación y (cosa importante) en el servicio. Estas tres características tienen cada una su propia “sustantividad”: se pueden establecer indicadores de calidad, válidos para distintas universidades, en la enseñanza en la investigación y también en el servicio.

Una universidad, por muy católica que sea, no es un lugar primario de transmisión de fe como la familia, la comunidad o la parroquia. Un centro universitario es una institución secular dedicada a la creación y transmisión de conocimientos. Por muy deseable que sea la manifestación explícita de la fe católica y/o de la identidad ignaciana y jesuita, e incluso que ello se materialice en expresiones públicas y sacramentales, no es ése el fin esencial de la universidad. Tampoco la universidad puede transformarse en una ONGD; de nuevo, por muy deseable que sea que la universidad ejerza su compromiso social en acciones concretas de cooperación y de solidaridad, ello no la puede transformar en una especie de entidad consagrada al activismo o a la promoción social.

Tesis 6.– El adjetivo jesuita o ignaciana hace referencia a la citada misión evangelizadora (Lo que no significa convertir la Universidad, por ejemplo, en una parroquia; ni confundir la evangelización con la pastoral).

“En una transposición moderna de la problemática de tiempos pasados, hoy nos cuestionamos cómo respetar el sustantivo “universidad” y el adjetivo “católico”, “cristiano” o “ignaciano” de nuestras instituciones; cómo reconocer la autonomía de las realidades

²³ Juan Pablo II, Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, 15-08-1990, n° 12-13. Es muy expresiva la aclaración que aparece en la nota 15 a propósito del texto que hemos citado: “«Autonomía institucional» quiere significar que el gobierno de una institución académica está y permanece dentro de la institución. «Libertad académica» es la garantía, dada a cuantos se ocupan de la enseñanza y de la investigación, de poder indagar, en el ámbito del propio campo específico del conocimiento y conforme a los métodos propios de tal área, la verdad por doquiera el análisis y la evidencia los conduzcan, y de poder enseñar y publicar los resultados de tal investigación, teniendo presentes los criterios citados, esto es, la salvaguardia de los derechos del individuo y de la comunidad en las exigencias de la verdad y del bien común”.

terrestres y, a la vez, la referencia de todas las cosas al Creador; cómo compaginar el "servicio de la fe" con la "promoción de la justicia"; cómo volar en la búsqueda de la verdad con las dos alas de la fe y de la razón".²⁴

Para empezar, habría que deshacer la posible confusión entre jesuita e ignaciano. Ambos términos están estrechamente relacionados, pero no coinciden exactamente. A mi modo de ver, lo "jesuítico" se refiere directamente a la Compañía de Jesús, que asume una responsabilidad institucional sobre una obra, de acuerdo con su *misión*. Lo "ignaciano" en cambio, se refiere más a la *visión* que Ignacio de Loyola tiene de Dios, del hombre, del mundo, a la vertiente espiritual de su vida y obra. Lo ignaciano serían los ejercicios. Lo jesuita, las Constituciones y nuestra legislación posterior.

La inspiración ignaciana de una Universidad no implica necesariamente una responsabilidad institucional de la Compañía, o la presencia de jesuitas en la obra. Dada la disminución del número de jesuitas, probablemente se esté derivando hacia un tipo de Universidad más ignaciana que jesuita, lo cual no significa la devaluación del concepto jesuita, sino otro tipo de exigencia, que es nada menos que la espiritualidad de los *Ejercicios*.²⁵ Más aún, "una institución puede asumir libremente una orientación ignaciana, sin que para ello sea necesaria en esa institución una presencia física de jesuitas".²⁶

Pero ¿acaso queda alguna duda de que nuestras Universidades y Centros son de la Compañía?²⁷ El simple derecho de propiedad no asegura necesariamente la identidad. La titularidad puede acabar siendo nominal. En otras partes, la Compañía conserva aún en sus manos al menos el "liderazgo apostólico", o está todavía en condiciones de hacer revertir el proceso. Por muy originales y variadas que sean las estructuras de gestión, las fórmulas de funcionamiento institucional, la cuestión está en cómo compaginar el funcionamiento de estas estructuras con la misión e identidad propias de la obra.²⁸

²⁴ Monte Cucco, n. 15.

²⁵ CODINA (1999), p. 7. A mi entender, una de las asignaturas pendientes de nuestras universidades jesuitas es la extensión de la práctica personalizada de los Ejercicios Espirituales entre nuestros profesores y personal no docente. Según Ignacio, los Ejercicios eran su mejor producto...

²⁶ PETER-HANS KOLVENBACH, *Educación en el espíritu de San Ignacio* (ICAM, Toulouse, 1996), en: *Razón y Fe* 236 (1997), 21.

²⁷ ¿No decimos con claridad, por ejemplo, en todo el despliegue de la imagen corporativa de ETEA que somos una "Institución Universitaria de la Compañía de Jesús"?

²⁸ CODINA (1999), pp. 8-9.

Dicho sencillamente ²⁹ ¿qué pretende en general la Compañía de Jesús teniendo centros universitarios?; si Ignacio y los primeros jesuitas fueron universitarios, si desde los comienzos la Compañía ha intentado estar presente en el mundo del pensamiento y de la cultura, fue para romper con esa especie de maleficio histórico de oposición entre el pensamiento moderno y la ciencia, por un lado, y la fe cristiana, por otro.

Se trata de tender puentes entre ambos mundos, desde una posición inequívocamente cristiana pero abierta a otras culturas y a otros mundos de pensamiento. Si el mundo del pensamiento y de la ciencia no viene a la Iglesia, la Iglesia tiene que ir a él, a la búsqueda del diálogo (que implica, sobre todo, escuchar). Naturalmente, con la colaboración mayoritaria de seglares.

Hablar el lenguaje “del otro” (el lenguaje de la economía, de las ciencias etc.), y ser aceptado como interlocutor válido, son requisitos para ese diálogo. No abundan en la Iglesia las órdenes o los movimientos que hagan esta labor. Los Papas siempre se lo han pedido a los jesuitas. La Compañía siempre ha tenido vocación de “frontera”, en todos los sentidos, y éste es uno de ellos.

No siempre se consigue, es una labor lenta, a largo plazo, que exige instituciones grandes (pesadas) y con sus propias dinámicas, que no siempre consigue los objetivos pretendidos o no los consigue desde luego al cien por cien. Pero hay que evaluar “a largo plazo” y con visión muy global.

Supuesto el sustantivo, la principal ventaja competitiva de una universidad jesuita / ignaciana consiste en el perfil específico del adjetivo, que apunta a un proyecto orientado a valores. Desde esta perspectiva, estoy convencido de que nuestra identidad nos confiere factores estratégicos de éxito.

*“...las universidades de la Compañía tienen razones más fuertes y distintas a las de otras instituciones académicas o de investigación para dirigirse al mundo actual, tan instalado en la injusticia, y para ayudar a rehacerlo a la luz del Evangelio”.*³⁰

La verdadera dialéctica no es entre universidad pública – universidad privada, sino entre las universidades que aportan un valor agregado efectivo y las que no. Ahora bien, existe un espacio para universidades que defienden un sistema de valores específico (¿ética de máximos?).

²⁹ Con cierta nostalgia, recupero estas frases de una carta de hace años a una antigua alumna.

³⁰ Santa Clara, cfr. RFS 55 (2000), 612.

Una universidad jesuita / ignaciana necesita un liderazgo apostólico; tradicionalmente se suponía que los jesuitas eran los responsables del mismo; hoy día, esto ya no es así: sólo un núcleo mixto (jesuitas-seglares) suficientemente significativo y representativo, identificado con la "visión" y con la "misión" puede ser capaz de asegurar dicho liderazgo.

De cara al futuro, el hecho de pertenecer a instituciones de la Compañía de Jesús que tienen –en principio– una misión clara y explícita puede ser una fortaleza, una ventaja competitiva. Pero en ciertos ámbitos –como el nuestro– se puede transformar, se transforma de hecho, en una debilidad, en un factor de inferioridad manifiesta. No cabe duda de que vivimos en una sociedad donde domina un cierto desprestigio de lo religioso y de la institucionalidad relacionada con ello. No sé si será complejo, pero a veces uno tiene la sensación de que tiene que pedir perdón por manifestarse creyente.

Concluyo esta tesis haciendo una llamada provocativa: ¿hay espacio efectivo (en España, en Europa) para una Universidad "con identidad fuerte", una universidad que defiende valores, una universidad de la Compañía?³¹

Tesis 7.– Precisamente, cumpliremos nuestra misión si formamos personas "competentes, conscientes, compasivas, solidarias" (Donde se entra en el debate acerca de cuál es nuestro "producto estrella")³²

Hay quien dice que las universidades o centros superiores de la Compañía son más conocidos por sus alumnos que por sus profesores: ¿es así? ¿es esto positivo o negativo? En la dialéctica tradicional entre la docencia y la investigación, se suele afirmar que nuestras universidades (salvo valiosas excepciones) parecen ser más fuertes en la primera; razones estructurales relativas a nuestro propio modelo de financiación estarían en la base de esa situación. Esto constituye una debilidad, en la medida que nos puede hacer menos competitivos en "el mercado de la investigación", y puede plantear problemas, por ejemplo, en relación con los procesos

³¹ Más asuntos para el debate en los grupos...

³² Al repasar el texto constato que esta tesis consagrada al perfil de nuestros alumnos es la más larga de todas. Quizá me traiciono y ello sea la expresión de que la tarea docente y de atención a la formación de los alumnos es la que más me ha polarizado en mi trajín universitario.

de acreditación de la calidad individual e institucional. Pero es igualmente cierto que se suele normalmente reconocer nuestra fortaleza en la docencia, en cuyo ejercicio nuestra calidad sería superior a la de nuestros competidores.

Esta fortaleza sería tanto más de apreciar, si por “calidad en la docencia” entendemos nuestra aspiración, nuestro “sueño” institucional, consistente de forma prioritaria en cumplir algunas de las siguientes lapidarias afirmaciones de los padres Arrupe y Kolvenbach:

“Nuestro primordial objetivo en la educación debe ser la formación de hombres y mujeres para los demás, gente que incluso no puede concebir un amor de Dios que no alcance al menor de sus prójimos”.³³

“El criterio real de evaluación de nuestras universidades jesuitas radica en lo que nuestros estudiantes lleguen a ser”.³⁴

“La ‘persona completa’, ideal de la educación jesuita durante más de cuatro siglos, será en el futuro una persona competente, consciente, capaz de compasión y ‘bien educada en la solidaridad’”.³⁵

Frente a ese ideal, impresionan, por su autocrítica, dos textos escritos en contextos muy diferentes. El primero es de AUSJAL³⁶ refiriéndose a los universitarios egresados de las Universidades jesuitas de América Latina:

“Llevamos décadas formando profesionales generalmente exitosos en sociedades fracasadas y cada vez más deshumanizadas. Nuestros egresados ocupan puestos de alta responsabilidad en las empresas privadas y en actividades gubernamentales. Sin caer en acusaciones panfletarias debemos, sin embargo, preguntarnos sobre las causas de esta disparidad entre el éxito individual de muchos de nuestros egresados y el naufragio de nuestras sociedades”.³⁷

Si esas palabras nos resultan un poco fuertes, comparémoslas con este otro texto de Kolvenbach:

³³ Pedro ARRUPÉ (1973), Discurso al Congreso de Antiguos Alumnos de Valencia.

³⁴ Santa Clara, cfr. RFS 55 (2000) 607.

³⁵ Monte Cucco, n. 33.

³⁶ Asociación de universidades jesuitas de América Latina.

³⁷ AUSJAL (1995), n.º 69.

“En Beirut, éramos muy conscientes que nuestra facultad de medicina, con muy santos jesuitas al frente, estaba produciendo, al menos en aquel tiempo, algunos de los ciudadanos más corruptos de la ciudad, pero ya contábamos con ello”.³⁸

¿Qué nos parecen esas afirmaciones? ¿Es o no tan decisivo lo que nuestros alumnos lleguen a ser, de cara al cumplimiento de nuestra misión?

A este propósito, podríamos entrar aquí o en el debate de quiénes son nuestros verdaderos “clientes”. Dada la situación de nuestras universidades, al menos en el contexto español, creo –expresándolo de forma descaradamente mercantil– que el alumno es nuestro primer ‘cliente’ y nuestro mejor ‘producto’. Ya sé que esto se puede discutir y os animo a que lo hagáis en los grupos.³⁹ Pero si –como es mi caso– pensamos que el alumno es nuestro ‘cliente–producto’ principal, habrá que añadir que deberíamos poder medir la eficacia apostólica de nuestras instituciones, principalmente por la calidad humana y cristiana de nuestros egresados. Al fin y al cabo todas nuestras declaraciones institucionales y nuestros planes estratégicos manifiestan que aspiramos lograr la formación integral de nuestros alumnos y alumnas.

¿Qué significa eso concretamente? En una primera aproximación, Kolvenbach lo expresa de esta forma:

“La Compañía de Jesús siempre ha puesto la mira en dotar a sus alumnos de valores que estén por encima de lo que se gana con el dinero, la fama y el éxito”.⁴⁰

“La ‘persona completa’ del mañana debe tener, por resumirlo, una solidaridad bien informada”.⁴¹

³⁸ Santa Clara, cfr. RFS 55 (2000) 597.

³⁹ Hay otros “stakeholders”, como bien observa MIRALLES: “Dicho en términos empresariales, debe decidir si sus stakeholders son aquellos que pueden afectarle (sus potenciales clientes tanto en la enseñanza como en la investigación) o también aquellos que son afectados por la acción u omisión de la universidad (por ejemplo, los pueblos de los países en desarrollo, lejanos al entorno de la universidad y que difícilmente pueden ser clientes solventes de sus servicios, enseñanza e investigación)”. Cfr. Miralles (2002), p. 4.

⁴⁰ Peter–Hans KOLVENBACH, “A la Asamblea de la Enseñanza Superior de la Compañía de Jesús en Estados Unidos. En el segundo centenario de la enseñanza jesuita en los Estados Unidos de América”. Universidad de Georgetown, Washington, (08.06.1989) [En P.–H. KOLVENBACH (1992), *Selección de Escritos del Padre Peter–Hans Kolvenbach (1983–1990)*, Madrid, Provincia de España, 400–409].

⁴¹ Santa Clara, cfr. RFS 55 (2000) 607.

En la medida (sólo parcial) en que el paso por la universidad marca a las personas, si cumplimos nuestra misión, el perfil de nuestros egresados, marcados por los valores, debería diferenciarse del de las universidades públicas o del de otras universidades privadas (supuestamente marcados por la competitividad). ¿Es esto así? ¿Es siquiera posible? De nuevo, son preguntas que someto a vuestra propia reflexión y debate.

Puesto a expresar lo que yo soñaría para nuestros alumnos y, sobre todo, antiguos alumnos, me quedo con la formulación que aparece en el enunciado de esta tesis.

*“Los alumnos de las universidades jesuitas han de ser hombres y mujeres, ciudadanos del mundo, competentes, conscientes, compasivos y comprometidos con la justicia en el servicio de la sociedad”.*⁴²

Respecto a los alumnos (pero probablemente esto es aplicable también a los profesores) dice:

*“Los estudiantes, a lo largo de su formación, tienen que dejar entrar en sus vidas la realidad perturbadora de este mundo, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente, a responder a sus sufrimientos y a comprometerse con él de forma constructiva. Tendrían que aprender a percibir, pensar, juzgar, elegir y actuar a favor de los derechos de los demás, especialmente de los menos aventajados y de los oprimidos. La pastoral universitaria tiene mucho que hacer para fomentar tal compasión inteligente, responsable y activa que es la única que merece el nombre de solidaridad. (...) La implicación personal en el sufrimiento inocente, en la injusticia que otros sufren, es el catalizador para la solidaridad que abre el camino a la búsqueda intelectual y la reflexión moral”.*⁴³

Evidentemente esto no se entiende si no se parte de los presupuestos expresados en las tesis 4 (la misión de la Compañía reformulada) y 6 (universidades “con

⁴² Estas cuatro palabras resumen el modelo pedagógico ignaciano tal como fue formulado en 1993 y recogió el general de los jesuitas, en el discurso de presentación de aquel modelo. Cfr. P. H. KOLVENBACH, “La Pedagogía ignaciana”. Discurso a los participantes del grupo de trabajo sobre “La Pedagogía ignaciana. Un planteamiento práctico”, en Villa Cavalletti, 29 de abril de 1993, en GIL CORIA, E. (ed.), *La pedagogía de los jesuitas, ayer y hoy*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2002, pp. 368–381. Cfr. Monte Cucco, n° 33. Más recientemente, precisamente en el Instituto Químico de Sarrià, lo ha vuelto a formular de manera original.

⁴³ Santa Clara, cfr. RFS 55 (2000) 607. Obviamente, lo que se dice de la pastoral habría que generalizarlo. Como afirmaremos en la última tesis, la transmisión de valores es algo que se realiza en el conjunto de la vida universitaria. En el original, el segundo párrafo precede al primero.

adjetivo”). Desde la perspectiva del mundo en que vivimos, marcado por el abismo de la desigualdad tenemos que reflexionar sobre “qué llegan a ser nuestros estudiantes, qué hacen nuestros profesores y cual es el modo de proceder de nuestras universidades”.⁴⁴

En todo caso, si nuestra pedagogía no genera cierta “incomodidad” a nuestro alrededor, incluso entre nuestros mismos alumnos, podemos sospechar que algo está fallando. Si somos perfectamente “funcionales” al sistema, por decirlo de forma grandilocuente, es que probablemente hemos perdido vigor profético en nuestra docencia y en nuestra investigación. Quizás no sea ocioso recordar una anécdota del P. Polanco, hombre de confianza de S. Ignacio⁴⁵: Ya en 1552, Polanco notaba que los fieles que se confesaban con los jesuitas, acababan visitando a los enfermos en los hospitales, pidiendo limosna para los pobres u otras obras de misericordia. Después de haber pasado por épocas incluso martiriales (recordemos la UCA de San Salvador en 1989) ¿se están enfriando nuestros legítimos deseos de “cambiar el mundo”?⁴⁶

Tesis 8.—Ahora bien, la conjunción del sustantivo y del adjetivo, no es tarea fácil (O de cómo responder a las demandas del mercado, de la ANECA...y de la misión)

Las Universidades de la Compañía han tenido que luchar, y siguen haciéndolo, para ser simplemente “universidades buenas” (o excelentes)⁴⁷, para alcanzar un lugar muy respetable en el medio universitario. Pero también es cierto que

⁴⁴ Santa Clara, cfr. RFS 55 (2000) 606.

⁴⁵ FERNÁNDEZ MARTOS (2003), p. 9.

⁴⁶ Cuenta CODINA otra anécdota interesante sobre un cierto amortiguamiento de nuestra “pasión” por la justicia. Kolvenbach menciona su encuentro con el Presidente de la República Federal de Alemania, con ocasión del centenario de San Pedro Canisio (1997). El Presidente Herzog, después de haberle perdido perdón por todo lo que los gobiernos de su país hicieron contra la Compañía, comentaba que la Compañía se atrajo enemistades porque el jesuita no resultaba “cómodo”. Y rogaba al General que los jesuitas siguieran siendo “incómodos”. Kolvenbach se pregunta por qué, con excepción de unos pocos países, el trabajo de la ésta no despierta hoy contradicción. Cfr. PETER-HANS KOLVENBACH, *Relación sobre el estado de la Compañía*. 68^o Congregación de Procuradores, Roma, sept. 1999. Cfr. CG 34, d.3, 2. Cfr. Codina (1999), p. 13.

⁴⁷ CODINA (1999), p. 5; MIRALLES (2002), p. 8.

muchas han (¿hemos?) tenido que pagar un alto precio (“a veces traicionando su misma esencia”) ⁴⁸ por alcanzar un elevado reconocimiento académico y social, y siguen pagándolo por no quedar descalificadas en la implacable carrera de la competitividad. Precisamente las circunstancias legales y de financiación de nuestro país parecen obligar a esfuerzos casi heroicos para sobrevivir en un entorno altamente competitivo: ¿merece la pena? No es obvio que en este contexto podamos simplemente tener instituciones que merezcan el sustantivo y el adjetivo con suficiente dignidad.

Muchos piensan que nuestras universidades cumplen con su misión estrictamente apostólica consagrando simplemente sus esfuerzos a la búsqueda honesta de la verdad y al compromiso con su difusión. Asimismo, hay dimensiones de la actividad universitaria, derivadas de su presencia social, que son la materialización de su compromiso social con impacto real en la vida de su entorno. Y, desde luego, que en ningún caso podríamos aceptar que el “adoctrinamiento” fuera una compensación por la incompetencia o el bajo perfil académico. Es posible, también, que el ejercicio de nuestra misión hoy nos esté exigiendo un mayor equilibrio entre docencia e investigación: ¿seremos capaces de lograrlo? Por último pienso que, en el cumplimiento de nuestra misión institucional, ante la obvia imposibilidad de que todos nuestros alumnos respondan al perfil ideal descrito, nos podríamos sentir felices de si una minoría significativa se acerca suficientemente a él. Creo sinceramente que en alguna medida lo estamos consiguiendo.

Dicho todo lo cual, todos seguramente estaríamos de acuerdo en que conjugar ambos términos no resulta nada fácil en la práctica. Cierta purismo, en nombre de la autonomía universitaria y de la libertad académica, ha podido llevar a considerar el adjetivo “católico” como ajeno a la dinámica de una Universidad. El mismo padre Kolvenbach se hizo eco de esta tensión en el Sínodo de América, refiriéndose a los problemas surgidos a raíz de la *Ex Corde Ecclesiae* en los Estados Unidos:

*“A la Universidad Católica hasta el día de hoy le asalta la sospecha de que pudiera ser cierta la afirmación de George Bernard Shaw, de que una Universidad Católica es una contradicción en términos. La respuesta, como ya sabemos, no se encuentra en la disyuntiva, sino en conjugar y fomentar el aspecto católico y el universitario de la institución. Como afirma la “Ex Corde Ecclesiae”, la Universidad Católica es ante todo una Universidad que, como Universidad, tiene por añadidura la característica de ser una Universidad al servicio de la Iglesia, en su misión en el mundo contemporáneo”.*⁴⁹

⁴⁸ CODINA (1999), p. 6; FERNÁNDEZ-MARTOS (2003), p. 6.

⁴⁹ PETER-HANS KOLVENBACH, *Intervención en el Sínodo de América* (21 noviembre 1997).

No le demos vueltas. No existe la neutralidad intelectual. José Ramón Busto lo planteaba muy bien en Loyola 2001⁵⁰:

“Quizá convenga reflexionar un momento sobre esta interacción entre sustantivo –Universidad– y adjetivo –jesuita. Adjektivar a la Universidad como católica o jesuita ¿no estará adulterando el concepto universidad? A esta objeción es preciso responder con toda claridad de modo negativo. Podemos responder de modo negativo porque toda Universidad como toda institución tiene de hecho sus cualidades. Se expliciten éstas en el título o no se expliciten. Ahora bien, el hecho de que no se expliciten no significa que no existan. Porque todo hombre y toda institución humana tienen, de hecho, sus opciones de sentido y sus compromisos éticos, sean éstos conocidos, explícitos o no lo sean. (...) Nada es neutral en la vida del hombre. Ni la ciencia ni la tecnología. Mucho menos la educación o la formación. Ninguna universidad es neutral como no lo es ninguna investigación ni ningún programa universitario. Lo ha dicho recientemente Kolvenbach, No nos hagamos ilusiones: el conocimiento no es neutro, porque implica siempre valores y una determinada concepción del ser humano.”⁵¹

Ahora bien, ¿cuál es la no-neutralidad que el adjetivo jesuita confiere a una universidad de la Compañía? Sencillamente el que una Universidad de la Compañía desarrolla la triple misión universitaria de investigar, enseñar y servir desde el horizonte de sentido que implica la misión de la Compañía entendida como el servicio de la fe y la promoción de la justicia que se abre a la inculturación y al diálogo.”

En algunas ocasiones hemos pagado un precio caro⁵² por intentar ser “excelentes” en el sentido en que hoy se entiende la excelencia. La búsqueda de la excelencia nos obliga a adaptarnos al mercado, a cobrar tasas elevadas para garantizar la “calidad” académica, a trabajar para satisfacer las preferencias de nuestros “stakeholders” y no precisamente para modificar esas mismas preferencias, a luchar por no parecer “ñoños” ni “trasnochados”...⁵³ Por otro lado, hemos vivido épocas en que –dominados por el secularismo ambiental– hemos reducido demasiado las expresiones explícitas de nuestra inspiración cristiana. Una cosa es hacer proselitismo religioso y otra que las universidades jesuitas deben facilitar a sus miembros,

⁵⁰ BUSTO (2001), nn. 8–9.

⁵¹ Reunión Internacional de la Educación Superior de la Compañía, Roma, 27.5.2001, n° 27.

⁵² Véase FERNÁNDEZ-MARTOS (2003), p. 6. “En la práctica no resulta nada fácil hacer justicia a ambas realidades”.

⁵³ Véase MIRALLES (2002) pp. 8 ss.

alumnos, profesores y personal no docente, la apertura a la trascendencia.⁵⁴ Me sumo a la forma de expresarlo de Fernández Martos:

“Apena que la lógica académica agote las mejores fuerzas y recursos a costa de la lógica apostólica. Montamos el púlpito y luego no hay quien, con ganas y rabia, inquiete desde él. Con gran fuerza expresiva proclamaba Kolvenbach en Santa Clara: En el contexto de la espiritualidad jesuita de siglos, “el servicio de la fe” no puede significar otra cosa que llevar a nuestro mundo el don contracultural de Cristo.”⁵⁵

Esta tensión dialéctica exige de nosotros un fuerte sentido de la autocrítica, pero al mismo tiempo nos llama a emplear una buena dosis de humor para que no se convierta en una “cargata insoportable”.⁵⁶

Sirva de ilustración la siguiente anécdota. Durante una estancia en Guatemala, fui amablemente hospedado en la comunidad San Borja, residencia de los jesuitas de la Universidad Rafael Landívar de Ciudad de Guatemala, precisamente en una habitación donde se encuentran depositados una parte de los libros de nuestro llorado Xabier Gorostiaga. Resulta emocionante encontrar allí textos de Samir Amin dedicados personalmente a XG, junto a libros sobre la evolución de la educación a todos los niveles y su relación con la economía, al lado de obras de teología y de economía general. Uno de esos libros llamó poderosamente mi atención, por su estrecha relación con el tema que nos ocupa, se titulaba: “Academic Capitalism”⁵⁷. El libro trata de la “marketization of the academy” en expresión de sus autores. Se trata de un análisis riguroso, muy documentado, de la evolución de la universidad en el mundo anglosajón, con especial referencia a Estados Unidos. Sus conclusiones son muy claras. Si nuestras universidades quieren acreditación y fondos, han de “marketizarse”; pero ¿cumplirían su misión? Si las universidades se dedican

⁵⁴ MIRALLES (2002), p. 7.

⁵⁵ Cf. CG 34, d. 26, n. 5.

⁵⁶ MIRALLES (2002), p. 11.

⁵⁷ SHEILA SLAUGHTER y LARRY L. LESLIE (1997), *Academic Capitalism. Politics, Policies and the Entrepreneurial University*, John Hopkins. Baltimore – London. Sólo algunas citas bastan para hacer visible en qué línea van sus conclusiones más relevantes: “Faculty and institutions target to compete or increase their competition for external funds” (p. 209). “These external dollars usually tied to market related research” (p. 209). “...to promote training that directly meets business and industry needs” (p. 213). “...money was moved to the natural sciences and engineering and away from the social sciences, the humanities...” (p. 245). “The full-time faculty in fields far from the market will have little time for research and scholarship” (p. 243).

prioritariamente a la docencia y en especial a la docencia de las ciencias sociales, o –dicho un poco solemnemente– a la “creación de pensamiento”, lo que parece ir más en la línea de la misión, quedarían “fuera del mercado”, con el peligro de no ser reconocidos ni acreditados. Ni misión sin acreditación, ni acreditación sin misión: ¡lo tenemos difícil!

Todo esto implica muchos desafíos:⁵⁸ a) la calidad universitaria, con sus dos componentes esenciales: la docencia y la investigación; volveremos sobre ello en las siguientes ponencias; b) la tensión entre calidad universitaria y cualidad jesuita en un mundo muy competitivo (por decirlo de forma simplista, la búsqueda del primer reto nos puede llevar a “vender el alma al diablo”); c) el conflicto de prioridades en la cualidad jesuita (son muchas las cualidades que se nos solicitan sólo a partir del adjetivo: ¿podremos con todas?); d) el coste de la matrícula (¿una piedra de escándalo inevitable?); e) el desafío de la interdisciplinariedad (del conocimiento a la sabiduría: ¿es eso posible en la dinámica actual de profesionalización y especialización?); f) y, por último, pero no más fácil, el desafío de la identidad y visibilidad católico-jesuita, a compaginar con el respeto y el fomento de la (¡de-seable!) pluralidad ideológica y religiosa en un clima de diálogo.

Tesis 9. La Identidad–Misión tiene que ir incrustada en toda la vida de la Universidad (¡Para terminar de complicarlo!)

Uno de nuestros *slogans* actuales es que la misión debe impregnar todas las actividades y la manera de funcionar de nuestros centros. Sabemos muy bien que los valores se transmiten implícitamente, tanto o más que de forma explícita. Que las estructuras de gobierno, los sistemas de relación y de comunicación, los hábitos institucionales, las prioridades presupuestarias, el “ambiente” y el estilo general de la institución etc., vehículan –con más fuerza y eficacia que todas las solemnes declaraciones institucionales– un ideario efectivo, un determinado sistema de valores⁵⁹.

Íntimamente unido a ello está la persuasión –que hoy compartimos– de que la misión es cosa de todos, de jesuitas y de laicos. Cabe plantearse la pregunta in-

⁵⁸ MIRALLES (2002), pp. 8–9. Sólo indico los enunciados; recomiendo ver sus desarrollos.

⁵⁹ Así lo afirma nuestra propia CG34: “Ser religioso hoy equivale a ser interreligioso en el sentido de que, en un mundo de pluralismo religioso, la relación positiva con los creyentes de otras religiones es un requisito” (CG 34, d. 5, 3).

quietante de si esta actitud de compañerismo con los laicos es fruto de la convicción o del oportunismo (¡como somos cada vez menos jesuitas...!), o si quizás hemos terminado “haciendo de la necesidad, virtud”.

La Compañía hace hoy día una llamada apremiante a los jesuitas y a los no jesuitas a que trabajemos codo con codo en la misión.

*“Es evidente, y lleva ya bastantes años siéndolo, que nuestras instituciones docentes no pueden sobrevivir sin la presencia y colaboración de muchos seglares abnegados... El Señor nos ha bendecido con seglares que comparten nuestra visión de vida y que se han entregado a nuestras instituciones con auténtica dedicación. Según va pasando el tiempo, sin embargo, necesitamos hacer más en la selección del profesorado y de los cuadros directivos, ocupándonos, sobre todo, de la formación continua y del cambio de actitudes tanto de los jesuitas como de los colaboradores seglares, para llegar a construir una sola comunidad educativa”.*⁶⁰

Ahora bien, qué pasa con lo que llamamos (un poco paternalistamente, todo hay que decirlo) “nuestros colaboradores”⁶¹. ¿Habría que introducir como criterio de selección del personal su adscripción religiosa? El padre General salva la tentación de una respuesta simplista en su alocución de Monte Cucco:

*“...sería odioso catalogar y discriminar al personal de acuerdo a su supuesto nivel de compromiso con la misión: En la misión de la Compañía, como en la casa del Señor, hay muchas moradas. Para Ignacio, no hay peor error que querer conducir a todos por el mismo camino”. [Pero] “...esto no obstante, un colaborador de una institución de educación superior de la Compañía, de alguna manera debe identificarse con la misión institucional. ...Tenemos derecho a presuponer que los jesuitas se identifican con su misión, pero no podemos dar por sentado que todos los laicos se identifican con la misión propia de los jesuitas. Los laicos no están llamados a ser minijesuitas, sino a vivir su propia vocación laical. Respetar el modo como el Señor conduce a cada persona, es fundamental en la espiritualidad ignaciana”.*⁶²

Una vez aceptado el legítimo pluralismo, parece que el liderazgo de la misión (que llamamos apostólico) en una institución universitaria de la Compañía, deberá

⁶⁰ Peter-Hans KOLVENBACH, *La Universidad jesuita hoy*. A los rectores y presidentes de universidades y centros de educación superior de la Compañía de Jesús, Frascati, Italia, (05.11.1985) [En [En P.-H. KOLVENBACH (1992), *Selección de Escritos del Padre Peter-Hans Kolvenbach (1983-1990)*, Madrid, Provincia de España, 367-376]. Cfr. p. 4.

⁶¹ Mi vivencia en ETEA es más bien la contraria. Soy yo, jesuita, quien colabora con los seglares...

⁶² Monte Cucco, n. 44-45.

ser ejercido por un núcleo identificado suficientemente representativo de su personal fijo (¿20–30%?). En ese núcleo parece imprescindible que haya un reducido número de jesuitas y un grupo más numerosos de laicos que han interiorizado el carisma ignaciano.

El contexto europeo, con los cambios en curso por la puesta en marcha del Espacio Europeo de Educación Superior pueden ser una amenaza o una oportunidad para llevar la misión al núcleo de nuestra tarea universitaria. La amenaza consiste en el peligro ya citado de subordinación de la “academia” al “mercado”; la oportunidad consiste en que “otra” forma de hacer las cosas puede resultar en beneficio de la misión.⁶³

En todo caso, sin menospreciar, ni mucho menos, la tarea fundamental del personal no docente⁶⁴, estoy convencido de que en todo ello el papel fundamental lo tienen los profesores y profesoras.

*“Si el criterio de evaluación y el proyecto de nuestras universidades radica en lo que lleguen a ser sus estudiantes, es claro que el profesorado está en el corazón de dichas instituciones”.*⁶⁵

⁶³ Como quedó de manifiesto en un encuentro UNIJES de septiembre de 2005 en Madrid, para reflexionar sobre “qué elementos de nuestra Identidad y Misión se pueden injertar *connaturalmente* en la implantación académica del Proceso–Bolonia”... Según MELECIO AGÚNDEZ, “en esta radical revisión que impone Bolonia surge, de nuevo, la pregunta: ¿no se podrán encontrar cauces en los que verter universitariamente una dimensión trascendente de la vida, una consideración abierta explícitamente a motivaciones y horizontes de Evangelio? Para quien conoce lo que significa Bolonia en cuanto a definición de perfiles del profesional –que antes naturalmente habrá de ser considerado persona–, de la formación por y desde competencias –que necesariamente se abren a actitudes y a valores, que han de ir tomando cuerpo en las diarias actividades de aprendizaje, que integran el volumen de trabajo del alumno, definido en los programas y programaciones–, de los nuevos diseños curriculares etc., la respuesta no puede ser más que positiva”.

⁶⁴ Coincidimos totalmente con las apreciaciones que recibimos hace unos años de un compañero de la Universidad jesuita de Saint–Louis (Missouri), que se ha distinguido por trabajar especialmente esta parcela: “un fenómeno curioso en muchas de nuestras instituciones es que descubrimos que los seculares que ocupan los puestos de administración y servicios están con frecuencia más interesados y comprometidos con estos programas que los propios profesores. Mis colegas y yo pensamos que es importante no ignorar a este personal de administración y servicios. Animamos su entusiasmo y su apoyo cuando nos damos cuenta que juegan un papel esencial y un rol necesario en el establecimiento y desarrollo de lo que yo llamaría el entorno jesuita de la institución. Un cierto número de estos seculares juegan un papel más importante en las vidas de los estudiantes y profesores, aquí en este país, que los propios profesores”.

⁶⁵ Santa Clara, cfr. RFS 55 (2000) 608.

Habría que aprovechar nuestras fortalezas y nuestros factores de éxito. Me atrevería a citar aquí dos que me parecen especialmente relevantes: la identidad ignaciana y, muy principalmente, la experiencia de los Ejercicios –donde se encuentra nuestra “fuente de alimentación”⁶⁶– y los equipos de jesuitas y laicos, trabajando codo con codo, en lo que hoy se ha dado en llamar un “compañerismo ignaciano”.⁶⁷

A modo de conclusión

Quisiera concluir con uno de nuestros pequeños relatos fundacionales. En 1547 el virrey español de Sicilia pidió que los jesuitas establecieran un colegio para seglares en Mesina. “¿Para qué?”, se le preguntó. “Para reformar la isla”, contestó. Entonces Ignacio envió diez de los mejores hombres que tenía, en lo que todavía era una Compañía muy reducida, para poner en marcha el primer centro educativo de los jesuitas para no jesuitas. Según cuentan, Ignacio, en una especie de profecía, cuando esos hombres partieron para Mesina, les dijo: “Si vivimos diez años más, veremos grandes cosas”. Ojalá que hoy pueda aplicarse a nuestros profesores y nuestros Centros universitarios. Jesuitas o no jesuitas, ...somos más de diez.

Los jesuitas y nuestros amigos y colaboradores estamos celebrando este año lo que llamamos el “año Arrupe”, ya que el día 14 de noviembre se celebra el centenario de su nacimiento en Bilbao. Con esta celebración pretendemos hacer justicia a alguien que apoyó el desarrollo de las universidades como plataforma apostólica e impulsó fuertemente el compromiso social de las universidades jesuitas. En un texto muy conocido y citado, Arrupe afirma:

“No tengo miedo al nuevo mundo que surge. Me espanta que podamos dar respuestas de ayer a los problemas de mañana. No podemos esperar con los brazos cruzados y no hacer nada por miedo a equivocarnos”.

Nuestra misión universitaria será tanto más fecunda cuanto más sepa recoger creativamente esa preocupación por responder apostólicamente a los retos actuales aun a riesgo de equivocarnos. Pero para ello, hoy más que nunca, se precisa la amistad y complicidad de muchos compañeros de camino como vosotros, que sin ser jesuitas en su mayoría, compartís de alguna manera nuestra misión, nuestras visiones ...y nuestros sueños.

⁶⁶ MIRALLES (2002), p. 13.

⁶⁷ CODINA (1999), p. 13–14.